

# Hijos de su tiempo: notas sobre jóvenes y participación política

*Alejandra Alayza'*



«Que vivan los estudiantes porque son la levadura / del pan que saldrá del horno con toda su sabrosura [...]» escribió y cantó Violeta Parra en los años sesenta. Este canto constituía, en su momento, la celebración del rol que los estudiantes tenían en el movimiento social chileno y expresaba, a su vez, el paradigma del rol de la juventud impulsora del cambio que tan fuertemente se desarrolló en los años sesenta y setenta. En el Perú, a finales de la década de los noventa, alguien rescataba, en algún canal de televisión, sus viejos LP, y «¡Qué vivan los estudiantes!» se convertía en el fondo musical de los reportajes que mostraban las marchas estudiantiles contra la dictadura.

A finales de los noventa, el tema de juventud y política reapareció en el espacio de discusión de los diversos sectores. Las aproximaciones eran diversas: por un lado, la atención especial que la prensa y los actores políticos le daban al movimiento; y, por el otro, diversos coloquios, reuniones de discusión psicoanalítica y seminarios, entre otros, que buscaban dar una lectura más profunda a la aparición de los estudiantes en la escena pública, a sus discursos y a sus aparentemente nuevas maneras de organizarse.

Las aproximaciones fueron diversas y, en general, se develó una lectura a priori de patrones de comportamiento esperables que, al

---

<sup>1</sup> Agradezco a Luis Fernán Cisneros, Cintia Vidal y Javier Diez Canseco Montero, quienes en conversaciones iniciales me ayudaron a ordenar ideas para la preparación de este artículo.

son del canto de la Parra, suponían una manera particular de participar en el espacio público, un rol establecido desde el cual los jóvenes se vinculaban a la política y desde el cual su acción era evaluada. Las reflexiones acerca de la relación juventud-política han estado marcadas por esta visión. El *apolitismo* se ha presentado como un problema de la juventud, una constante para referirse críticamente a esta como sector despreocupado y distante de los asuntos públicos, cuestionando su autoexclusión para participar en las instituciones de la democracia. Este apolitismo juvenil aparece como una amenaza para el necesario relevo generacional.

Sin embargo, este apolitismo no es una característica exclusiva de los jóvenes. La desconfianza y distancia que la política es general: la crisis de representación de los partidos políticos incluye a todos los ciudadanos que no se sienten representados, por diversos e incapaces actores políticos. Aquí, los jóvenes son uno más de los sectores que se han distanciado de la política. Son, naturalmente, expresión de su sociedad y su tiempo; no obstante, al existir un cierto paradigma sobre lo que fue y debe ser su rol en relación con la política y el cambio, ellos reciben más la atención y censura. Es un hecho que la participación política se ha transformado, se ha limitado a reducidos espacios y se ha mediatizado. Este es un contexto general, desde el cual también debe ser evaluada la participación juvenil.

Existe una doble visión de la juventud: por un lado, aquella en la cual los jóvenes son los agentes modernizadores y aquella en la cual son agentes marginales e, incluso, peligrosos, ya que se les asocia siempre a sentimientos intensos y, en el fondo, constituyen factores de continuidad o discontinuidad para los adultos. Alan Touraine (1997) plantea acertadamente lo siguiente: «La juventud no es una categoría social, sino una construcción cultural y administrativa, una parte de lo que la sociedad piensa de sí misma. Un estudiante se parece más al ingeniero o abogado que va a ser que al joven “poblador”, y este, a su vez, al obrero o al trabajador del sector no oficial en que se convertirá probablemente» (2).

En este contexto, el análisis diverso que ha habido sobre el tema de jóvenes y política ha tendido a separar la relación jóvenes-política

de la experiencia que, en relación con esta, tienen otros grupos generacionales; a proyectar expectativas y criterios de análisis del paradigma juvenil de Mayo del 68; y a convertir lo estudiantil en la expresión de lo juvenil. Es un hecho, entonces, que los jóvenes son ciudadanos de su tiempo, pero, también, que han tenido una socialización política particular. La experiencia de una infancia y adolescencia en los años ochenta y noventa no es lo mismo que la experiencia de una adultez en plena crisis del fin de ciclo político, que se experimenta luego de haber vivido, también, la ilusión del cambio que con tanta fuerza se vivió en los años sesenta y setenta.

Creemos que el análisis sobre juventud y política debe tener en consideración estos elementos. Buscar un equilibrio en el análisis supone considerar las peculiaridades que los jóvenes aportan a la relación con la política y las instituciones de la democracia, propias de su tiempo y su experiencia particular. Este artículo pretende presentar algunas notas reflexivas sobre la relación entre los jóvenes y política, así como hacer un balance de lo que fueron los discursos de los estudiantes movilizados contra la dictadura a finales de los años noventa. A través de ellos intentará perfilar algunas características de lo que serían las expectativas y valores que alrededor de las formas de acción y organización política se expresan como novedosas. Finalmente, aportará algunas notas de balance sobre la supervivencia o transformación de lo que en ese momento eran los principios orientadores de su acción política y de lo que era levantado como la nueva política frente a la llamada política tradicional.

### **Algunos datos sobre la participación política juvenil**

El último censo nacional (INEI 2005) muestra que, de la población censada en el país (26.152.265 habitantes), el 28,0 % estaba conformada por jóvenes comprendidos entre los 15 y 29 años de edad. En otras palabras, los jóvenes constituyen un importante sector de la población del país y constituyen, a su vez, un aún más importante sector en cuanto a electores se refiere. El 42 % del padrón electoral está constituido por jóvenes de entre 18 y 35 años.

La preocupación que sobre la relación juventud-política ha existido en diversos sectores pareciera que no se ha traducido en estudios específicos sobre el tema o en estudios cuyo nivel de detalle nos permitiera organizar datos nacionales de manera más precisa. Los datos más recientes que se tienen pertenecen a la Encuesta sobre la Juventud 2006, que encargó el Consejo Nacional de la Juventud (CONAJU) a la empresa IMASEN.

**Cuadro 1**

**¿Estarías interesado en participar en política? (porcentajes por edades para Lima metropolitana)**

	<b>Total</b>	<b>15-19</b>	<b>20-24</b>	<b>25-29</b>
Sí	30,9	35,1	27,4	29,8
No	68,8	64	72,6	70,2
No responde	0,3	0,9	0	0

Fuente: CONAJU 2005.

Como se puede observar en el cuadro anterior, la mayoría de los jóvenes (68,8 %) no se sienten atraídos por participar en política. Si bien la tendencia es negativa en todos los grupos etáreos, la menor resistencia se encuentra en los jóvenes comprendidos entre los 15 y 19 años de edad.

**Cuadro 2**

**Si el voto dejara de ser obligatorio, es decir, no se multara a quienes no vayan a votar, ¿tú votarías en las próximas elecciones? (porcentajes para Lima metropolitana)**

	<b>Mar-05</b>	<b>Dic-05</b>
Sí	55,4	54
No	42,3	45
No responde	2,3	1

Fuente: CONAJU 2005.

En países en los que existe el voto facultativo, el análisis del interés de los jóvenes por la participación política se ha desarrollado sobre la base de estudios sobre ausentismo electoral. En el caso de Chile, Argentina y diversos países europeos, la preocupación por la baja inscripción de los jóvenes en los registros electorales ha orientado el debate. En el Perú, el voto obligatorio constituye un escenario distinto, pero los resultados de la encuesta de juventud nos muestran que cuando se consultó a los jóvenes sobre su participación en los procesos electorales si el voto fuera facultativo, los resultados fueron afirmativos en 54 % y negativos en un 45 %.

La importancia electoral que tienen los jóvenes los hace un sector muy atractivo en términos electorales. Esto ha motivado atrevidos acercamientos de los candidatos electorales a prácticas, códigos de consumo y gustos juveniles a fin de captar su atención. A son de tonadas «reguetoneras» —como antes fueron «tecnocumbieras»—, los nuevos y no tan nuevos candidatos aspirantes a un escaño parlamentario o al sillón presidencial hacían contorneados esfuerzos por seguir el ritmo de los jóvenes. Esta dimensión mercadotécnica para acercarse a los jóvenes y así rejuvenecer candidaturas y partidos ha sido, en la mayoría de casos, simulacros de gestos públicos o vacíos maquillajes mediante los cuales se buscaba incluir algunos sentidos juveniles, desde su ámbito más superficial, en las campañas electorales. Sin embargo, al margen de las continuas menciones sobre programas dirigidos a los jóvenes, las agendas de los candidatos tuvieron serias dificultades por incluir, de manera más específica, sus intereses.

La percepción de los jóvenes sobre los acercamientos y gestos de cercanía electorera de los partidos y actores políticos, cuando evalúan a los candidatos al asumir sus cargos de representación en relación con cuánto consideran sus intereses, es que estos son vacíos. Alrededor del 70 % de los jóvenes encuestados respondió que las diversas instituciones públicas (gobiernos central, regional y municipal, así como Congreso de la República) tomaban en cuenta poco o nada su opinión.

El Congreso de la República fue la institución valorada como la que tomaba menos en cuenta las opiniones de los jóvenes: un 94,8 %

**Cuadro 3**  
**¿Crees que [...] toma en cuenta mucho, regular, poco o nada**  
**la opinión de los jóvenes como tú**  
**(porcentajes por respuesta para Lima metropolitana)**

	Mucho	Regular	Poco	Nada	No responde
El gobierno	0,3	10	43,7	45,7	0,3
El Congreso de la República	-	3,5	31,5	63,3	1,6
El gobierno regional	1	11,6	30,2	52,4	4,8
El municipio provincial	2,9	20,9	34,4	38,3	3,5
El municipio distrital	10,3	21,2	34,7	31,8	1,9

Fuente: CONAJU 2005.

respondió que este poder del Estado tomaba poco o nada en cuenta sus opiniones y un 89 % consideró que sus opiniones eran tomadas en cuenta poco o nada por el gobierno central. Estos datos confirman no solo la tendencia mayoritaria de desconfianza en relación con estas instituciones públicas sino, y de manera preocupante, la distancia que los jóvenes perciben en relación con los poderes centrales del Estado.

Aunque las cifras son bajas, la institución ante la cual los jóvenes se sienten más cercanos y considerados son los municipios distritales. Es interesante anotar, como veremos más adelante, que la mayor presencia de cargos jóvenes en cargos públicos se concentra en las regidurías de los municipios. Estos espacios de participación política han constituido, en muchos de los casos, los peldaños iniciales desde los cuales muchos jóvenes han iniciado sus carreras políticas y han llegado a alcaldías y otros cargos de elección popular.

La consideración de que su opinión no es tomada en cuenta por los decisores públicos va acompañada por la percepción de que los jóvenes deberían tener una mayor presencia en cargos de importancia.



## Cuadro 4

**Teniendo en cuenta una escala del 0 al 100%, ¿cuál crees que debería ser el porcentaje mínimo de jóvenes que ocupen cargos de importancia en...? (porcentaje por institución para Lima metropolitana)**

Institución	Promedio de cuota juvenil	Más de 50 %
El gobierno central	39,2	21,5
El gobierno regional	30,5	8,4
El Congreso de la República	34	12,2
Los municipios provinciales	31,5	10
Los municipios distritales	37,8	23,2

Fuente: CONAJU 2005.

Para los encuestados, el promedio de miembros jóvenes que deberían tener las más importantes instituciones públicas corresponde a un 30 %, porcentaje casi equivalente a una cuota de un tercio. Llama la atención que en el caso del gobierno central, así como de los municipios distritales, un importante sector de jóvenes (21,5 % y 23,2 %, respectivamente) haya considerado que debían tener una presencia mayor al 50%. Estas respuestas nos muestran, en primer lugar, la mayor valoración que tienen los jóvenes de estas instituciones como instancias de decisión; y, en segundo lugar, la valoración positiva que tendrían acerca del rol que ellos mismos pueden jugar en ellas.

Esta valoración positiva de lo que potencialmente podría ser la participación juvenil en instancias de decisión pública se aleja bastante de la realidad. Los resultados electorales muestran que los jóvenes alcanzan solo minoritariamente cargos de representación. Del total de las 12.438 autoridades electas en el ámbito nacional en 2002,<sup>2</sup> solo 939 eran jóvenes con edades comprendidas entre los 18 y 29 años de edad y apenas representan el 7,5 % del total. En relación con

<sup>2</sup> Al momento de escribir este artículo aún no se habían realizado las elecciones regionales y municipales de este año, en las que se incluyó una cuota juvenil a través de la llamada Ley del Concejal Joven.

los cargos para los que fueron electos, la gran mayoría habían sido elegidos como regidores tanto en el ámbito provincial como distrital, 45 como alcaldes distritales, 8 como consejeros regionales y uno como vicepresidente del gobierno regional de Tacna.

Estos resultados muestran que, si bien existen avances, la incorporación de los jóvenes a los cargos políticos todavía sigue siendo altamente restringida. Esta situación pone en evidencia la invisibilidad que el tema de la juventud ha tenido tradicionalmente en los procesos electorales. Los resultados presentados por el CONAJU en el *Índice de desarrollo juvenil-2006* (CONAJU 2006: 57) muestran una importante sistematización de la diversa información que sobre el tema de juventud se ha procesado en los últimos años en el Perú. En este nutrido informe llama la atención la pequeña dimensión del acápite sobre juventud y política, hecho que confirma la poca información procesada sobre el tema y la gran labor pendiente de análisis sobre este.

Entre los datos más interesantes que este informe nos aporta están los referidos a la confianza de la juventud en las instituciones. Según este informe, la desconfianza de los jóvenes hacia los diversos actores políticos y representantes estatales, sociales y empresariales es particularmente alta: de los jóvenes encuestados, el 84 % confían poco o nada en los congresistas; el 86 %, poco o nada en los políticos; el 82 %, poco o nada en los jueces y fiscales; el 75 %, poco o nada en los sindicalistas; y el 70 %, poco o nada en los empresarios

Los resultados antes presentados nos muestran algunas constantes que vale la pena resumir. Los jóvenes se sienten poco escuchados por las instancias de gobierno, hecho que muestra su distancia en relación con los asuntos públicos y se hace más evidente en la poca confianza que tienen hacia los representantes y voceros tradicionales de la política y el Estado. Asimismo, llama la atención la importante subrepresentación que este sector tiene en cargos públicos, hecho que podría mostrar que no solo existe una baja participación de los jóvenes en los canales tradicionales de la política, sino que, en general, los cargos y posiciones que se les otorga en los procesos electorales suelen ser aquellos de menor relevancia o con poca oportunidad electoral. Los jóvenes ocupan lugares antagónicos en las campañas electorales:

en general, se les ubica al final de las listas, pero aparecen al lado de los candidatos principales en las fotografías de campaña como un intento de estos para renovar su imagen.

## **Visión generacional sobre el rol de los jóvenes en la política**

La participación de los jóvenes en la política está marcada no solo por la valoración que estos tienen de la política, la democracia y sus instituciones, sino que se conjuga con las oportunidades y atención propias que en el juego político les otorgan los actores políticos adultos. La situación de la participación política juvenil genera atención en diversos sectores y parecería estar vinculada a lo que podríamos llamar una preocupación natural por la reproducción/renovación de la especie, ya que, en la tan mencionada crisis de la representación política (Grompone y Degregori 1995), la búsqueda de nuevos actores capaces de intervenir en el sistema y asumir la renovación de la política ha sido vista como una necesidad.

Sin embargo, el interés natural que se tiene por los jóvenes en relación con el natural recambio/complementación generacional de los actores políticos y la lectura que sobre su comportamiento y la política se hacen están fuertemente marcadas por el paradigma de la participación juvenil de las décadas de los sesenta y setenta. Además, existen dos prejuicios naturales que marcan el análisis y valoración de la participación y expresiones de los jóvenes en relación con lo público y político:

- En primer lugar, la idea de juventud asociada con renovación, pureza y energía transformadora es una imagen cargada de esperanza que pareciera responder al sentido común del cambio orientado desde las nuevas generaciones. Y es que, de manera más general, la juventud es la heredera y, a la vez, concentra la esperanza transformadora. Así, las «manos blancas» de los estudiantes que se levantaron en contra de la dictadura en junio de 1998 empataban con este sentido de esperanza que se le atribuye

a la juventud en términos de renovación futura y de libertad y limpieza en relación con los errores de los adultos.

En este contexto, la frescura y pureza representada por las juveniles caras y vitales consignas de los estudiantes resultaban atractivas y esperanzadoras. Cansados de la política y los políticos tradicionales, la opinión pública se identificaba con los jóvenes. «Juventud divino tesoro» parecían decir diversos sectores, en muchos casos, incluso, al margen de sus orientaciones políticas. En alguna ocasión, cuando un grupo de estudiantes miembros de las brigadas universitarias contra la dictadura recogíamos firmas para el referéndum contra la reelección de Alberto Fujimori, un taxista nos dijo entusiasmadamente que «lo que este país necesita es un Pinochet y jóvenes como ustedes»,<sup>3</sup> en clara contradicción con los principios que los estudiantes levantaban, pero en clara aprobación a su acercamiento a la política y a sus espacios.

Ante la pregunta de si se aprobaba la marcha de los jóvenes, una encuesta de IMASEN (1998: 7) de junio de 1998 obtuvo un 85,5 % afirmativo. Llama la atención en este dato que, entre la gente que aprobaba la gestión de Fujimori, la cifra de aprobación se mantuviera en un alto 78,1 %. En esa misma encuesta, ante la pregunta de si creían que los jóvenes estaban siendo usados por los partidos políticos, el 58,8% de los encuestados respondió negativamente, mientras que el 33,5 %, afirmativamente. En un contexto de alta polarización como el inicio de la lucha contra la dictadura a finales de los noventa, la valoración positiva de las movilizaciones estudiantiles coincide con la visión generalizada que las consideraba como expresión de la *reserva moral*<sup>4</sup> del país.

---

<sup>3</sup> En junio y julio de 1998, estudiantes de diversas universidades formaron, en el marco de la campaña Afirmar la Democracia, brigadas universitarias contra la dictadura de Alberto Fujimori y en apoyo a los parlamentarios promotores del referéndum en contra la reelección presidencial, y salieron a las calles a recoger firmas para lograr su realización.

<sup>4</sup> Este calificativo se utilizó en diversas ocasiones en relación con los estudiantes movilizadas en esos años.

- En segundo lugar, el prisma que los asocia e interpreta sobre la base del paradigma de los movimientos juveniles de los sesenta. La imagen de la juventud movilizada se relaciona automáticamente con masas en marcha y pancartas, con la fuerza de la convicción de las consignas callejeras juveniles y los puños en alto: el paradigma de Daniel Cohn-Bendit, Dany el Rojo, como el militante comprometido.<sup>5</sup> Se trata de la imaginación al poder como punto de partida de una transformación lúdica, de una profundización en la formación y definición ideológica que ordenaba la cosmovisión y asignaba con mayor claridad el rol que cada joven debía tener en cuanto militante, en cuanto actor del cambio: la calle tomada por millares; los partidos como estructuras capaces de organizar a cientos. Nunca la participación fue mayoritaria, pero quizá nunca tan masiva como en esta época. Los conceptos elementales procesados en libros que introducían a la praxis política —como el conocido ABC de Marta Harnecker (1971)— brindaban interpretaciones comunes de la realidad desde las cuales se desarrollaba la acción colectiva.

Esta imagen contiene la idea de un joven organizado a través de estructuras de participación universitarias, sindicales o partidarias, con una visión clara de los objetivos políticos de sus acciones y, en este sentido, una activa visión de colectividad. De esta imagen, el análisis de años posteriores estuvo orientado a buscar, en el mensaje de los jóvenes, visiones complejas de motivación política que permitieran tener una visión más articulada acerca de la situación frente a la cual reaccionaban. Ante preguntas más acuciosas, los estudiantes respondían vagamente, sin opiniones formadas, y extrañados en muchos casos por el vínculo que los adultos hacían desde los discursos que ellos expresaban. Este paradigma de rebeldía transformadora del movimiento estudiantil lo asocia al movimiento hacia orientaciones críticas y progresistas. La calle es del movimiento social; el movimiento social es de la izquierda. Los estudiantes en las calles a finales de

---

<sup>5</sup> Véase Cohn-Bendit 1987.

los noventa rechazaban todo vínculo ideológico o partidario, e, incluso en sus inicios, negaban que sus movilizaciones fueran actos políticos. Se remitían a ellas como actos de expresión individual y eran muy reticentes a reconocer un colectivo que los articulara. Al inicio de las movilizaciones, las banderolas decían «individuos indignados»; la consigna «el pueblo unido jamás será vencido» iría apareciendo progresivamente, en cuanto se liberaran de los prejuicios ante una época de movilización y sus discursos, y superarían sus reticencias frente al encuentro con otros sectores estudiantiles y sociales, asimilando niveles básicos de organización.

Desde el paradigma de los jóvenes movilizados en los sesenta y setenta se ha visto con bastante simplismo el «apolitismo» juvenil y, de hecho, se ha llamado a los años noventa los «sesenta al revés» (Balardini 2000). Este hecho es una muestra de las categorías con las que se ha mirado el tema de los jóvenes y la política: una lectura realizada sobre la base de los iconos de la preocupación e incidencia juvenil en la sociedad.

Ante este panorama, el análisis de las experiencias de participación política de los jóvenes debe considerar que estos provienen de una nueva y particular visión de la sociedad, en la que no solo se expresan sus puntos de vista de género, clase o cultura, sino, también, específicas visiones del mundo adquiridas en su propia experiencia generacional. El carácter renovador asociado a las expresiones juveniles aporta las lecciones de dicha experiencia generacional, y estas suponen, en muchos casos, posiciones en conflicto e, incluso, disputa con el orden establecido (Aguilera 2003).

La valoración de la relación de los jóvenes y la política, tamizada por la mitología sobre lo que debe ser su compromiso político, nos ha llevado a interpretaciones superficiales. De hecho, el activismo político nunca ha sido el comportamiento mayoritario ni general de los jóvenes. En los años sesenta y setenta, en coincidencia con los procesos sociopolíticos ocurridos en el mundo, la participación de los mismos se amplió. Las expresiones distantes y desconfiadas de los jóvenes actuales con respecto de la política coinciden con su desprestigio

general: «[...] no es que los jóvenes de hoy son consumistas y los de fines de los años sesenta politizados. En los años sesenta era tan improbable tener afinidades alejadas de la política como hoy su contrario, y esto no tiene que ver solo con los jóvenes».<sup>6</sup>

## **Crisis de la política y nuevos actores**

Las interrogantes sobre la relación juventud y política deben dar un espacio especial al diagnóstico general sobre la crisis de la política de las sociedades contemporáneas. El debilitamiento de los partidos políticos, la puesta en duda de su capacidad de representación y la evidente dificultad que tienen para articular nuevos actores y propuestas han sido calificados como una crisis que produce su aislamiento y, con ello, la distancia con los ciudadanos. Este proceso también ha sido entendido como el proceso de «envejecimiento» de los partidos políticos y su incapacidad para desarrollar propuestas y estrategias nuevas y atractivas que les permitan acercarse a las jóvenes generaciones. Efectivamente, este proceso ha generado un cambio en la relación de los ciudadanos con los asuntos públicos. En este contexto, cada vez se ha vuelto más importante el rol de los medios de comunicación como intermediarios de la relación de los ciudadanos con los temas públicos. Así, estos constituyen nuevos espacios de representación, que proponen los códigos de relación con lo público y a través de los cuales se dan nuevas articulaciones de identidades.

En las circunstancias descritas, el llamado apolitismo juvenil ha sido interpretado, en algunas ocasiones, como un rechazo absoluto a la política y los asuntos públicos. Si bien existe un cambio de paradigma en la relación de los jóvenes con su entorno, que hace que estos asuman, en sus comportamientos y expectativas, los valores individualistas y el comportamiento pragmático propios de las sociedades de consumo, no es cierto que los jóvenes estén confinados a la vida privada. En los últimos años, hemos visto surgir nuevos espacios y maneras de expresión política de los jóvenes, algunos de los

---

<sup>6</sup> Marcelo Urresti citado en Aguilar 1999: 178.

cuales tienen una finalidad política directa y otros, básicamente expresiva (Barladini 2000).

Las expresiones juveniles con respecto de la política contienen viejos y nuevos cauces participativos, a través de los cuales los jóvenes se aproximan a la política. Estos van desde aquellos más tradicionales y normalmente regulados como los partidos políticos —y a través de ellos las consecuentes candidaturas— hasta aquellos más diversos y novedosos, que constituyen escenarios de expresión juvenil muy significativos en la política. En general, las iniciativas que los movilizan son acciones puntales de reclamo o denuncia con las que esperan obtener éxito. En su mayoría, estas no están canalizadas por organizaciones tradicionales, con estructuras rígidas de participación y responsabilidades. En esta perspectiva, la mayor presencia de la participación juvenil se da en proyectos de gestión concretos y es muy limitada en el caso de las expresiones de colectivos con fines de representación de intereses (Barladini 2000).

A diferencia de las expresiones de participación juvenil de los años sesenta y setenta, y según la metáfora de las tribus, la diversidad de expresiones políticas juveniles encarnan los cambios propios de finales del siglo xx. De este modo, se exacerbaban las peculiaridades a través de la emergencia de pequeñas organizaciones. Barladini (2000) reseña bien este fenómeno indicando lo siguiente:

[...] es especialmente notorio el cambio en la «socialidad», campo en el que las relaciones interpersonales ya no se sustentan en contratos políticos o ideológicos, sino en la acción de una «comunidad emocional» y rituales de emociones compartidas (como en el fútbol y el *rock*). Este neotribalismo de fin de siglo se caracteriza por la fluidez, el agrupamiento momentáneo y la dispersión. (12)

En este contexto de cambio, las características de la nueva época, luego del final de la guerra fría; el acelerado proceso de globalización; el sangriento y doloroso proceso de violencia política que vivió el país; la ultraideologización del movimiento social; y la crisis y ruptura de los partidos políticos marcan una época y debilitan la configuración



de las relaciones alrededor de la política y sus instituciones y prácticas, llamadas tradicionales. En este nuevo contexto,

[...] las concepciones de lo bueno, lo verdadero, lo bello y lo justo se transformarían día a día, alterando las conductas sociales de la gente a tal punto que los sistemas de representación y legitimidad que constituyen la interpretación del modelo cultural, es decir, las ideologías, estarían sufriendo cambios radicales, alterando los principios de sentidos que fundan la pertinencia de las conductas humanas, es decir, lo coherente, lo concebible, lo lógico, lo con-sentido, lo no-absurdo. (Sandoval 2000: 152)

En este nuevo escenario, la llamada crisis de la política hace, de manera más general, que la distancia de los ciudadanos frente a esta se haga más marcada. El «que se vayan todos» como sentido común y consigna levantada por los piqueteros argentinos expresa la corriente que, desde diversas partes del mundo, rechaza a actores y formas de hacer política «anteriores». Sin embargo, este intento de volver a foja cero obvia la necesaria e importante valoración de la experiencia previa y el aprendizaje desde esta para desarrollar nuevas concepciones capaces de dialogar con su momento histórico. El reto está constituido por la resignificación de prácticas e interpretaciones alrededor de lo público y de la acción colectiva.

El rechazo y negación total a las experiencias que dejaron los años ochenta en el Perú constituye una tara para recoger las lecciones aprendidas en ese intenso y difícil periodo. Este vacío se aprovechó perversamente en la explícita campaña antipolítica que se desarrolló durante el gobierno fujimorista. Esta también satanizaba al movimiento social y sus actores, y provocó graves niveles de déficit democrático, con la consecuente ruptura del Estado de derecho y las garantías fundamentales.

Finalmente, es importante resaltar las limitaciones de la lógica de interpretación de cambio de época, que remite a figuras como política o políticos tradicionales, y vieja y nueva política. Plantear la antítesis entre nuevo-bueno y viejo-malo es una generalización que, si bien supone una experiencia natural frente lo que son los procesos

de crisis y transformación, también supone a priori que lo nuevo, por ser más actual, contendrá condiciones de mejoría. En efecto, hablar de nuevos actores o nueva política incluye la esperanza y la oportunidad del cambio; sin embargo, no contiene la garantía de que este se dé. Los nuevos actores no nos garantizan nuevas prácticas y mucho menos que estas sean más confiables, éticas o eficientes.

### **1997-2000: jóvenes «irrumper» en la escena pública<sup>7</sup>**

Hace casi diez años, en junio de 1997, la destitución de los magistrados del Tribunal Constitucional marcó un importante hito a partir del cual la movilización universitaria levantó a debate público la relación entre los jóvenes y la política. Para algunos sectores, dichas movilizaciones significaron un «soplo de aliento» para la posible renovación de actores políticos. Los estudiantes manifestaron en las calles, durante 1997 y 1998, un particular modo de expresar su interés por lo que sucedía en el país, pero sus expresiones, sobre todo, dieron muestra de lo que nos dejó la dura crisis política vivida y manifestaron por primera vez, pública y colectivamente, su abierto rechazo a la manera de hacer política en nuestro país. Sus cantos coreaban indignación y crítica a una forma de gobierno, a sus líderes políticos, a los partidos y, sobre todo, a los métodos de manipulación del poder. «Esta no es una marcha política, es una marcha de estudiantes» llegaban a decir algunos.

Sin embargo, el entusiasmo del movimiento se fue desvaneciendo y, pasada la atracción mediática de la que gozó, se vio obligado a responder a los retos que el escenario político le planteaba, al mismo tiempo que se veía obligado a poner en perspectiva su propia capacidad de consolidar el movimiento. En sus discursos, formas de organización y diversas expresiones, estos nuevos actores mostraban elementos de una nueva manera de relacionarse con la política, pero

---

<sup>7</sup> Al escribir este artículo, enfrente la dificultad de separar mi propia condición de estudiante vinculada a las movilizaciones universitarias de finales de la década pasada. Un importante archivo periodístico sobre estos años se encuentra disponible en: <<http://www.democracia.org.pe/1998.htm>>.

también características y limitaciones bastante representativas de la «vieja política».

Las diversas expresiones y esfuerzos desarrollados por los jóvenes movilizados por la democracia a finales de los noventa constituyen importantes rasgos de su particular relación con la política y permiten delinear algunas características de lo que podría ser un intento de «nuevo paradigma» para la participación política en un contexto de desconfianza y despoltización generalizada. A continuación presentamos algunos elementos relevantes para la reflexión y análisis de ese proceso:<sup>8</sup>

**(i) PURISMO POLÍTICO Y RECHAZO A FORMAS TRADICIONALES DE REPRESENTACIÓN Y ACTORES POLÍTICOS**

«Jóvenes contra la dictadura», «en defensa de la democracia» y «por el respeto de las instituciones democráticas» eran las banderas que levantaron miles de estudiantes en junio de 1997. La institucionalidad violentada parecía más tema de preocupación de ilustres constitucionales que de «cachimbos» y estudiantes de los primeros años. El rechazo al autoritarismo movilizaba más emocionalmente a los jóvenes, y la defensa de valores éticos era la gran consigna que articulaba a jóvenes de diversos sectores, con experiencias y visiones distintas.

El rechazo casi visceral por los viejos políticos marcaba sus consignas y acciones. En una ocasión, los estudiantes fueron visitados, en una preconcentración en la plaza Francia, por algunos parlamentarios que querían acompañar la movilización. Sin embargo, la presencia de estos fue rechazada por una fuerte silbatina que antecedió al grito: «¡Esta es una marcha de estudiantes!». En ese contexto, se invitó a los congresistas a unirse a la movilización pero detrás de las delegaciones estudiantiles.

La política entendida como un sistema de valores éticos que organizan la relación del individuo con lo público parecía ser lo que movilizaba a los estudiantes. La política entendida como sistema de negociación de conflictos y de distribución de poder que contiene

---

<sup>8</sup> Al respecto, véase Venturo 2001.

instituciones y mecanismos propios básicos del sistema democrático resultaba despreciable, ya que se asociaban fuertemente a lo sucio. El rechazo a los partidos políticos no estaba solo orientado a sus líderes y a los vicios que dentro de estos podían darse, sino que expresaba la puesta en duda de la importancia de los mismos en el sistema democrático.

Por ello, las discusiones políticas tendían a desarrollarse dentro de líneas muy generales, ante la necesidad de mantener una cohesión básica, aunque precaria, del grupo, que permitiese el trabajo coordinado. Probablemente, esta era la única manera de evitar la rápida desintegración del esfuerzo de organización de los estudiantes, que por primera vez habían logrado unir universidades nacionales y privadas, institutos superiores y agrupaciones juveniles de carácter político.<sup>9</sup> La condición de jóvenes o estudiantes no era garantía de opiniones coincidentes.

Profundizar en estos temas no solo ponía a prueba las diferencias del grupo, sino la ignorancia y poca reflexión que había frente a muchos temas de actualidad política. Se hacían evidentes no solo el uso de frases hechas o conceptos poco discutidos, sino la natural e irreflexiva asimilación del discurso pragmático y antipolítico que había primado desde inicios de los noventa. Aparecían como tema polémico, entre otros, la oposición a la aplicación del modelo económico neoliberal y a la intervención en las universidades.

---

<sup>9</sup> Las coordinaciones luego de la marcha del 4 de junio de 1998 lograron, por primera vez en muchos años, que 16 universidades y grupos juveniles se juntaran y presentaran un petitorio único. Entre las universidades públicas figuraban la Universidad Agraria La Molina, la Universidad La Cantuta, la Universidad Nacional Federico Villarreal, la Universidad Nacional de Ingeniería y la Universidad Nacional Mayor de San Marcos; y entre las universidades privadas, la Universidad Inca Garcilazo de la Vega, la Universidad San Martín de Porres, la Universidad Peruana de Ciencias Aplicadas, la Universidad San Ignacio de Loyola, la Pontificia Universidad Católica del Perú y la Universidad Ricardo Palma. Asimismo, participaron la Escuela de Periodismo Bausate y Meza, y algunas agrupaciones juveniles como el Colectivo Amauta, el Comité Cívico Patriótico 4 de Junio, Juventud Popular y Foro Universitario.

**(ii) RECHAZO A ESTRUCTURAS DE REPRESENTACIÓN-INDIVIDUALISMO ULTRA**

Afirmaciones como «a mí nadie me representa» o «no representamos a nadie» mostraban cómo la figura del líder-caudillo era rechazada por los estudiantes y, por eso, quienes asumieron la conducción del grupo fueron llamados coordinadores. Se hacía notar la importante presencia de una concepción en la que los jóvenes defendían su propia libertad individual y, a la vez, una fuerte resistencia a asumir estructuras más estables de representación que les permitieran garantizar niveles mínimos de institucionalidad. De este modo, los jóvenes buscaban reivindicar la necesidad de crear figuras horizontales en el manejo de poder y lo hacían patrimonio colectivo y no, exclusividad de alguna elite dirigencial.

Este rechazo a las formas verticales de conducción llevó a los estudiantes a recrear formas de participación de carácter asambleístico, que a costa de niveles básicos de eficiencia buscaban garantizar la expresión de sus propias individualidades. Este tipo de estructura de participación ponía a prueba la capacidad de diálogo pero, a su vez, facilitaba ridículas y accesorias discusiones. Organizaciones de representación universitaria como los centros federados, las federaciones estudiantiles y los miembros de los tercios universitarios veían inicialmente con distancia y desconfianza la iniciativa de sus compañeros de estudios. En 1997 y 1998, algunos grupos de estudiantes de la Pontificia Universidad Católica del Perú buscaron que su federación de estudiantes participara en la organización y conducción de las movilizaciones. Sin embargo, la respuesta de los representantes elegidos fue que ellos no podían asumir banderas políticas, porque representaban a todos los estudiantes de la universidad.

El individualismo ultra supuso un arma de doble filo para el movimiento, ya que, por un lado, permitía condiciones para la expresión y participación de diversos sectores, pero, por el otro, generaban la seria limitación de asumir niveles básicos de organicidad a fin de que se pudieran sostener las acciones del movimiento.

### (III) ALTA DESCONFIANZA EN RELACIÓN CON SUS PARES Y ACTORES SOCIALES DE OTROS SECTORES

Alrededor del *con quién* marchar se ponía a prueba la heterogénea identidad de estudiantes y la capacidad de este grupo para crear vínculos con otros sectores de la sociedad civil movilizada. El conocido rechazo a la vinculación con los partidos políticos, con los gremios de trabajadores y con cualquier forma de organización evidenciaba no solo los problemas que al interior de estos existían sino, también, el éxito que las intensas campañas de desprestigio habían tenido. Este hecho se reflejaba en las actitudes paranoicas que en muchos casos guiaban las acciones de los estudiantes y que, de manera muy gruesa, asociaban lo popular con lo violentista, al organizado con el radical, al otro con el terrorista.

La desconfianza generalizada era muestra de la profunda segmentación y aislamiento por el que pasaba la sociedad peruana. El «otro» estaba más próximo de lo que parecía; el «uno» se había circunscrito de manera más estrecha alrededor del propio individuo. La dificultad en la posibilidad de crear referentes colectivos se hacía evidente no solo en la relación con los otros grupos de oposición sino en la propia relación entre los mismos estudiantes. Los piquetes de las universidades privadas mostraban el límite de seguridad que se ponían frente a calles que nunca se habían recorrido y sectores sociales con los que nunca se había interactuado.

Las barreras que este tipo de prejuicios construyeron entre los estudiantes crearon grandes dificultades iniciales para el trabajo coordinado. Sin embargo, el encuentro fue limando estas fricciones y disolviendo algunas de estas preconcepciones. Esta división entre los unos y los otros mostró cómo, ante la ausencia de ideologías, las referencias al origen y la condición económica y social aparecieron como las coordenadas para leer al otro. Estas referencias se convertían en condicionantes de la opción política de los jóvenes. Bajo ellas, la posibilidad de sentirse iguales y constituir una identidad estudiantil se hacía cada vez más difícil.

#### (IV) SOMOS ESTUDIANTES, NO SOMOS TERRORISTAS

Otro de los aspectos que tomaba gran parte de los debates era el carácter pacífico de las movilizaciones. El recuerdo de las grescas callejeras, las llantas quemadas y los enfrentamientos violentos con la policía aparecían en la memoria como imágenes negativas que producían rechazo entre los estudiantes, no solo por haberse convertido en mecanismos de presión poco eficientes sino por el hecho de que revivían la sensación de inestabilidad política de la década del ochenta y del noventa.

El discurso oficial de la estrategia antisubversiva había calado hondamente en la mentalidad popular. Para esta, cualquier acto que enfrentara o transgrediera la autoridad era sospechoso y se asociaba con actos vandálicos y terroristas. No solo se sentía rechazo por la violencia que había significado el terror de los 10 años anteriores, sino que se había creado la necesidad de garantizar a los ciudadanos una estabilidad que los hiciera sentirse seguros, confiados y representados en la protesta.

Todo esto iba marcando la singular participación de los estudiantes, a través de la cual estos hacían importantes esfuerzos por desmarcarse de cualquier vínculo que pudiera asociarlos a prácticas más confrontacionales o a las llamadas viejas y poco decentes prácticas políticas. Un buen ejemplo de esta situación lo constituyen las diferencias que surgieron entre los propios líderes estudiantiles cuando, luego de una importante movilización, las pintas estudiantiles que habían sido realizadas en los muros de palacio de gobierno fueron borradas en acto cívico por otro sector de estudiantes.

A partir del endurecimiento del régimen fujimorista y el refuerzo de métodos represivos, los métodos de confrontación aparecieron en el repertorio de los estudiantes. En 1999, ya las organizaciones estudiantiles se plegaban a paros generales; se había aprendido a resistir la represión policial; y se organizaban acciones más avezadas. De hecho, la participación en la Marcha de los Cuatro Suyos de julio de 2000 constituyó un importante momento de confrontación con el gobierno desde los sectores democráticos. Sin embargo, es necesario precisar que, cuanto más se endurecía la lucha contra la dictadura y

más se exigía a sus actores acciones más confrontacionales y de mayor riesgo, la presencia estudiantil disminuyó notoriamente, a la vez que congregó a estudiantes más organizados y politizados.

#### (v) DEL PURISMO IDEALISTA A LA *REAL POLITIK*<sup>10</sup>

Con el endurecimiento del régimen fujimorista, el movimiento democrático se amplió. El purismo inicial de los estudiantes se enfrentó a la necesidad de coordinar con los distintos actores políticos vinculados a la lucha contra la dictadura. Así, ya hacia finales de 1999, las acciones estudiantiles eran bastante menos espontáneas de lo que a inicio de 1997 se planteaba.

Las organizaciones estudiantiles habían cobrado cierta vitalidad y, con características propias, operaban dentro de sus casas de estudios y coordinaban con diversos actores. Surgen, en esta época, un importante número de organizaciones y la motivación por participar de los estudiantes varía. Las acciones asumen rasgos más políticos y suponen niveles mayores de trabajo y politización de los participantes. Las elecciones de 2000 constituyeron una importante prueba, ante la cual la «movida» universitaria tenía dos ritmos paralelos: aquella vinculada a las movilizaciones, que contó, en momentos claves, con una masiva participación estudiantil no adscrita a las organizaciones; y aquella vinculada a restablecer el entramado de relaciones políticas dentro del propio recinto universitario, a través de los centros federados, federaciones universitarias, así como colectivos político-culturales y grupos de estudio.

Así, de instancias de coordinación únicas y con niveles bajos de conflicto, se derivó a un mayor nivel de organización e, incluso, a diferencias entre los propios sectores estudiantiles; de elecciones de centros de estudiantes en las que no había candidatos o había lista única a un mayor nivel de interés, movilización e, incluso, competencia por la presencia en estos espacios. Sin embargo, y como constante,

---

<sup>10</sup> La expresión *real politik*, del alemán *real* («realista» o «actual») y *politik* («política»), se utiliza para describir la política basada estrictamente en la práctica política; no supone las nociones ni concepciones idealistas o ideológicas de la política.



solo una minoría se interesaba por activar de manera más directa las organizaciones estudiantiles.

En este contexto, la centralización que de la lucha contra la dictadura se hizo alrededor de la candidatura de Alejandro Toledo y que en sus inicios había sido el rechazo brutal a lo que llamaban políticos tradicionales, hizo entrar a los estudiantes al juego de los grandes y, entonces, comenzaron a compartir mesa con los principales dirigentes políticos nacionales. Así, diversos representantes estudiantiles realizaban, en julio de 2000, coordinaciones con lo que se llamaba el comando operativo de la Marcha de los Cuatro Suyos. Alejandro Toledo lideraba el movimiento y había designado a Álvaro Vargas Llosa, su hombre de confianza en ese momento, para las coordinaciones con los estudiantes.

De los jardines y aulas de estudio, los líderes estudiantiles pasaron a reuniones de coordinación en hoteles. Entre los estudiantes aparecieron, más fuertemente, las diferencias, las denuncias contra «figuretis» y organizaciones fantasmas, el reclamo por los supuestos líderes juveniles que aparecían en las fotos y no estaban en las asambleas o en las movilizaciones. Entre los líderes estudiantiles había más de uno que bajo la bandera de ser representante de la reserva moral que constituía la juventud movilizada y la oportunidad/exigencia de renovación de la política, escondía las «viejas» prácticas que habían sido públicamente rechazadas por el movimiento.

Con el paso del tiempo, las expresiones estudiantiles mostraron que los jóvenes son actores tanto nuevos como viejos, en cuanto a renovación se refiere, ya que la garantía de comportamiento ético y decencia en la política no está relacionada con la edad de los actores. Luego de las expresiones iniciales, el reto de responder a la coyuntura política supuso un esfuerzo de organización y definición de institucionalidad mínima entre los estudiantes que se mantuvieron movilizadas y que, desde nuevas formas de organización, se dedicaron a hacer tanto vieja como nueva política.

## **Nuevos paradigmas y características de las nuevas organizaciones juveniles**

La visibilidad del movimiento universitario contra la dictadura de finales de los noventa y las peculiaridades de su propuesta e incursión pública llamaron la atención acerca de los nuevos valores y valoraciones que sobre la política y sus instituciones tenían estos jóvenes. Resulta natural que, como hijos de su tiempo, sus acciones expresen características propias de lo que es la relación juventud-política. Diversos elementos propios del periodo más generalizado de desconfianza política dejan, en el comportamiento juvenil, algunas lecciones aprendidas, así como retos frente a un mundo más complejo, intercomunicado, que los obligarán diseñar nuevas estrategias de relación con lo público y concluirán, de manera más directa, en maneras específicas de organización.

Existe una reacción a las formas tradicionales de organizar la participación juvenil que, lejos de promover, en muchos casos, inhibe su participación. Esta tendencia va desde el rechazo al rol tradicional de los jóvenes en los partidos políticos (para los cuales estaban separados roles de propaganda, difusión y juventudes desde los cuales poco o casi nada es lo que podían aportar en el proceso de definición política) hasta el rechazo a los canales de representación estudiantil en las universidades, que han ido perdiendo legitimidad y capacidad de representación y articulación de intereses.

La baja confianza en las instituciones y la conciencia de la poca capacidad de influir y ser escuchados por estas son razones de peso para distanciarse de los espacios prefigurados para la participación juvenil. En estas condiciones, la demanda sobre la participación juvenil resulta ociosa, ya que, al no presentarse condiciones mínimas, resulta imposible demandar a la población la participación necesaria para que vuelvan a ser considerados como el porvenir del mundo y no como una amenaza y una población al margen de la sociedad (Sandoval 2000).

La participación minoritaria de jóvenes en política hoy en día encierra la experiencia particular de una generación que se expresa

desde las propuestas renovadoras que la buscan resignificar y recrear nuevos canales que resulten más cercanos y que contienen rutas y comportamientos propios de la llamada «política tradicional», de la que también participan los jóvenes al momento de incluirse en los procesos de distribución del poder y participar de las instituciones de la política en el Estado o los partidos políticos.

Una pregunta relevante será que capacidad de recrear las aspiraciones de nueva política que parecen haber expresado los jóvenes en las manifestaciones estudiantiles de finales de los años noventa han tenido las organizaciones y estructuras políticas. Aquí será importante distinguir entre aquellas organizaciones de carácter expresivo, que han logrado mantener de manera más clara su independencia frente a los procedimientos tradicionales y han rediseñado estrategias; y aquellas organizaciones en las que los jóvenes se han insertado en representación de la juventud, en las cuales se han reproducido muchas de las prácticas que antes cuestionaban.

Existen diversas interpretaciones que han buscado explicar la distancia de los jóvenes con respecto de la política. Existen aquellas que encuentran sentido en el hecho de que, en procesos de estabilización democrática y crecimiento económico sostenido, la participación política descende, en la medida en que hay menos asuntos en juego, y pierde relevancia. Sin embargo, nos parece de particular interés aquella que postula que la baja participación de los jóvenes en política expresa una carencia democrática y un cuestionamiento a la efectividad del entramado institucional para representar la realidad de sus opciones políticas (Fernández 2000).

En este contexto, la experiencia de organización de los jóvenes desde finales de los noventa levanta algunas características esenciales no solo en virtud de temáticas o demandas específicas, sino, especialmente, en lo que a la organicidad interna se refiere. Como menciona Aguilera (2003), «En los noventa, las prácticas políticas de los movimientos juveniles se encontrarían definidas por la retirada de un sistema formal de representación política y la fundación de un campo propio desde el cual negociar con la institucionalidad»(10) .

Algunas de las características más relevantes de la participación política en este contexto son las siguientes:<sup>11</sup>

(i) La alta reflexividad de las organizaciones

Esta se expresa en la crítica y autocrítica de los movimientos, en los que cada decisión es altamente debatida, ya que, en muchos de los casos, constituyen elementos de identidad sustantiva: con quién actuar, cómo hacerlo, qué alianzas seguir o a qué sectores ser o parecer vinculados. El respeto a las identidades aparece como una variable altamente importante, y eso requiere un proceso de análisis mucho más complejo ante el interés de integrar la diversidad y, a su vez, respetar las particularidades de sus miembros o del colectivo.

(ii) Nuevas estructuras de organización: horizontalidad, redes y consensos

Los procesos de críticos al interior de las organizaciones y la valoración de las identidades particulares que mencionábamos antes se expresan en formas organizativas específicas. La experiencia de la organización estudiantil es un buen ejemplo, ya que, en su configuración, la plataforma de organización que estos articularon alrededor de las movilizaciones de 1998 buscaba eliminar los sistemas de conducción vertical y, por el contrario, promovía mecanismos de coordinación más horizontales. Esta fórmula tiene como base la valoración de los aportes individuales de los participantes por medio de una democracia directa y no representativa.

(iii) Nuevos lenguajes: producción cultural y política

En un contexto en el que los ciudadanos viven saturados de información y en el que se han abandonado hace tiempo el interés por los discursos más tradicionalmente político-ideológicos, comunicar en la y desde la política constituye un nuevo reto de resignificación y de recreación de formas y contenidos. En estas circunstancias, los colectivos juveniles encuentran en

---

<sup>11</sup> Tomamos como base clasificación propuesta en Aguilera 2003.

las manifestaciones culturales importantes espacios de construcción política, promoviendo un discurso propositivo, esperanzador y lúdico, que combina la denuncia y la promoción de los grandes principios orientadores (defensa de los derechos humanos, democracia, etcétera).

#### (iv) Articulación de objetivos

Las agendas y objetivos diversos de los colectivos, propios de un contexto de alta especialización y diversidad de actores, logran ser organizadas bajo consignas generales que permiten la articulación de acciones e intereses. Las características que detallamos coinciden con los criterios básicos de lo que Claus Offe (1996) llamaba el nuevo paradigma de la política (182). Este autor rescata como rasgo relevante un sistema de valores que organizará la práctica y participación política sustentadas en valores en los que se respeta principalmente la autonomía personal y la identidad en oposición al control centralizado.

Este nuevo paradigma marca modos de actuar de las organizaciones basados en la informalidad y espontaneidad en el manejo interno de sus relaciones, con bajos grados de diferenciación horizontal y vertical. En el frente externo, la protesta se organiza sobre la base de exigencias formuladas en términos predominantemente negativos y de contenidos más principistas y capaces de articular agendas amplias de la diversidad de colectivos como las referidas a los derechos humanos, la democracia, la paz, el medio ambiente, etcétera.

### **Nuevos (y no tan nuevos) escenarios para la participación política juvenil**

«¿Qué tenemos hoy?» es la gran pregunta pendiente. ¿Los estudiantes movilizados constituyeron acaso el punto de quiebre que renovaría la política y sus actores? Evidentemente, no fue así. En las universidades e institutos, el interés por la política ha cambiado. En general, los niveles de interés por la política son bajos, pero podríamos responder

que quizá sí, de alguna manera, en la medida que ha cambiado también el contexto nacional en el que el rechazo por los viejos políticos coexiste con la importancia que se le da a la democracia y a la reactivación de sus instituciones.

En este contexto, se ha pasado de un discurso generalizado antipartidos políticos al establecimiento de una ley de partidos políticos en el Perú; a la reactivación, en las universidades, de algunas experiencias de participación social y política que, si bien siguen siendo minoritarias, han superado las barreras ideológicas de los jóvenes de finales de los noventa, que ponían en duda la naturaleza política de sus actos. Las facultades de ciencias sociales tiene más estudiantes y, como en el caso de la Pontificia Universidad Católica del Perú, se abren carreras y maestrías de Ciencia Política y Gestión Pública.

La política sigue siendo motivo de desconfianza para los ciudadanos, pero, a su vez, decir «política» es cada vez menos una mala palabra, aunque tampoco sea una palabra de moda. Ha pasado el tiempo y hablar de izquierda y derecha se da con mayor naturalidad y, aunque todavía sirve para desprestigiar a uno u otro sector, también se utiliza para definir positivamente las identidades propias.

Con grandes limitaciones, la transición democrática aportó un nuevo contexto en el que gruesamente podríamos decir que los espacios de participación juvenil derivaron hacia tres escenarios:

- Por un lado, organizaciones estudiantiles-juveniles de carácter más expresivo y organizadas en torno a lo que son prácticas ciudadanas de vigilancia e incidencia sobre los actores sociales y políticos. En estas organizaciones, los componentes de capacitación, investigación y promoción son muy importantes y han constituido bases de operaciones muy importantes en todo el país, que han logrado niveles más institucionales de intercambio y aprendizaje.

Entre estas organizaciones se encuentran aquellas que se definen como grupos universitarios, asociaciones civiles, organizaciones de promoción o redes de intercambio. Vale la pena resaltar como ejemplo de estas experiencias la de la Red Interquórum

o el Proyecto Coherencia,<sup>12</sup> que está básicamente integrado por estudiantes de universidades privadas de Lima y que, entre otras iniciativas, tiene la de hacer seguimiento a las políticas de Estado y los compromisos del gobierno aprista a través de lo que llaman Lupa 180.

Existen otras iniciativas que, además de sus labores de discusión y formación en sentido amplio, han realizado intentos de acercamiento o negociación con los actores políticos. Así, han surgido iniciativas como la que constituyó el Movimiento Raíz, que articulaba el trabajo de jóvenes de diversos sectores, especialmente universitarios que promovieron el Foro Social Perú y que desarrollaron entre otras iniciativas, un interesante trabajo en el distrito de Villa El Salvador. Esta iniciativa mantuvo niveles de coordinación con diversas iniciativas de colectivos progresistas y partidos de izquierda.

De naturaleza diferente pero orientada también a la incidencia en el proceso político de manera más directa fue la iniciativa de diversos miembros del Instituto Alameda, que promovieron una alianza entre los candidatos Paniagua, Diez Canseco y Villarán<sup>13</sup> en las elecciones presidenciales de 2006. Desde su perspectiva, se intentaba de candidatos éticos, que expresaba el sentir de diversos sectores de la opinión pública que pedían la confluencia de sectores democráticos y progresistas en la política. Asimismo, hubo otras surgidas a finales de los noventa mediante las cuales se constituyeron espacios de diálogo político juvenil más estrechos y que se establecieron como plataformas para la participación de sus miembros en iniciativas de reflexión en torno a temas de juventud y de participación política juvenil. Este fue el caso de la Coordinadora Estudiantil por la Democracia y Derechos Humanos, que constituye hoy una organización civil más.

---

<sup>12</sup> Véase la página web del proyecto, <<http://www.proyectocoherencia.org>>; y, especialmente, el documento «La política está en nuestra cancha» [en línea]. Disponible en: <<http://www.redinterquorum.net>>.

<sup>13</sup> Véase la página web de esta iniciativa, <<http://www.3candidatos3.org>>.

- Por otro lado, organizaciones y líderes estudiantiles que se aproximaron a las experiencias partidarias y derivaron en militantes de partidos. Este es el caso de los que integraran, en su momento, Pacto Perú y luego se afiliaran a las filas del Partido por la Democracia Social (PDS); o de los que integraran Juventud Popular, cuyos líderes se pasaron a la militancia del Movimiento de Nueva Izquierda (MNI).

Al margen de los comportamientos más colectivos, hemos visto también como, al pasar de los años, los líderes visibles de lo que fuera el movimiento estudiantil de finales de los noventa capitalizaron esta visibilidad acercándose a diversas agrupaciones políticas para concretar sus candidaturas. De este modo, lo supuestamente puro, por nuevo, que estos jóvenes pretendían aportar se pone en duda cuando se observa que ellos mismos se prestan a las camaleónicas candidaturas que —en expresión de la práctica más tradicional/negativa— originalmente rechazaban y se pasan de una agrupación política a otra mostrando una disposición al «cambio de camiseta» en relación con la oportunidad que se les ofrezca. Aquí con piel de cordero, los jóvenes expresan también lo peor de lo viejo.

La identidad de los nuevos candidatos se muestra renovadora y juvenil durante las campañas electorales:<sup>14</sup> hacen deporte, tocan guitarra, juegan pichanga, se ríen como jóvenes, sienten como jóvenes y creen como jóvenes en el cambio. En suma, sí representan a los jóvenes; sin embargo, una vez asumido el cargo, no es raro ver una importante transformación y aparecen los comportamientos acartonados y aprenden formas serias de ser, al punto que no nos permiten distinguirlos en muchos casos de los representantes adultos.

- Finalmente, aquellos jóvenes que buscaban canalizar su participación a través de medios institucionales. El anuncio hecho por el presidente Toledo en el discurso de asunción de mando ante el

---

<sup>14</sup> «Benjamines al Congreso» [en línea]. Reporte especial del noticiero ATV noticias. Se encuentra disponible en: <<http://www.youtube.com/watch?v=Tj4A60IO-Sc>>.



Congreso de la República el 28 de julio de 2001 mostraba el reconocimiento oficial del rol de los jóvenes y parecía indicar que se buscaba establecer una alianza de largo plazo con los jóvenes con la creación del Consejo Nacional de la Juventud (CONAJU) (Montoya 2001). Esta experiencia mostró el primer esfuerzo oficial por establecer desde el Estado una prioridad al tema de juventud en la definición de las políticas públicas nacionales. Alrededor de esta institución se han desarrollado importantes iniciativas y experiencias de trabajo con los jóvenes; sin embargo, existen importantes limitaciones para que esta sea efectivamente una institución de corte transversal en el diseño de las políticas.

Al respecto, cabe hacernos algunas preguntas: ¿qué capacidad de representar los intereses y características generacionales tienen los representantes juveniles ante los poderes del Estado?, ¿cuál es el aporte generacional que este grupo de jóvenes hace a la política? Hace menos de dos meses, en el contexto de las elecciones regionales y municipales, los parlamentarios jóvenes presentaron la iniciativa de la Ley del Concejal Joven.<sup>15</sup> En principio, encontraron importantes resistencias entre sus colegas parlamentarios para abrir el debate y aprobación de dicha ley, pero esta iniciativa constituía una importante deuda de campaña que varios de los hoy electos congresistas jóvenes habían dejado en el camino de encuentro con sus pares. La acción concertada entre los jóvenes representantes de diversas bancadas y, en especial, la labor final de convencimiento de los líderes históricos de su partido que hicieron los apristas permitieron la aprobación de la ley.

Así, el 12 de agosto de 2006, en el diario oficial *El Peruano*, se publicó la ley que promueve la participación de la juventud en las listas de regidores provinciales y distritales. Esta ley planteó la modificación del numeral 3 del artículo 10 de la Ley de Elecciones Municipales (ley 26864) y promovió la obligatoriedad de que las listas de candidatos a regidores municipales (provinciales y distritales)

---

<sup>15</sup> La resolución legislativa se encuentra disponible en: <<http://www.jne.gob.pe/images/stories/archivos/resol/concejaljoven.pdf>>.

estuviesen conformadas por no menos de 20 % de miembros hombres y mujeres menores de 29 años.

La cuota de juventud ha sido durante los últimos años una importante demanda de diversos sectores juveniles que buscan abrir mayores espacios para su participación en la política y quebrar el dominio patriarcal de los partidos políticos. En estos meses, los peruanos hemos tenido que nadar entre avalanchas de información publicitaria de candidatos municipales. Los casi 12.000 candidatos no son los que nos sorprenden —de hecho, nos agotan y confunden— sino el hecho de que alrededor de 2.400 postulantes sean menores de 29 años.<sup>16</sup> Esto último sí es una novedad.

Las medidas de discriminación positiva como las leyes de cuotas constituyen herramientas útiles para la integración de actores tradicionalmente discriminados en los procesos electorales. Sin embargo, una cuota de juventud como la planteada no supone una elección real de candidatos jóvenes, ya que para cumplir con su objetivo debe contar con un mecanismo que establezca la asignación en tercios de los puestos en la lista electoral. Solo de ese modo la cuota será efectiva.

La Ley del Concejal Joven, un importante logro de la ampliación de espacios para la participación política de los jóvenes para muchos, nos suscita algunos comentarios finales. En primer lugar, si bien se puede reconocer la oportunidad que un sistema de cuotas como este otorga, creemos que, en la práctica, no constituye, de ninguna manera, una garantía de mejor y mayor participación juvenil en la política, ya que su establecimiento no necesariamente se corresponde con una mejor participación en las organizaciones políticas o movimientos regionales.

Es positivo promover una mayor visibilidad de la actuación juvenil en los ámbitos municipales. Sin embargo, esta medida no es garantía para promover una verdadera carrera política que desaliente el aventurismo.<sup>17</sup> Si bien es cierto que permite abrir espacios en la

---

<sup>16</sup> Véase TONG, Federico. «Del choteo a la oportunidad de los jóvenes» [en línea]. Disponible en: <<http://forogeneracional.blogspot.com/2006/08/del-choteo-la-oportunidad-de-los.html>>.

<sup>17</sup> *Idem*.

política a los sectores juveniles, la participación de los mismos podría ser, en la práctica, una renovación de caras y rangos de edad entre los candidatos, mas no necesariamente expresión de los intereses de su sector generacional y, mucho menos, garantía de nuevos aires para la política.

## **Comentarios finales**

La atención suscitada por las movilizaciones universitarias de finales de los años noventa supuso una importante llamada de atención para la opinión pública sobre la necesidad de renovar los actores de la escena política y el rol que los jóvenes podían tener en este proceso. Así, la juventud estudiantil, especialmente la universitaria, recogió la buena valoración que a priori se hace sobre la capacidad renovadora de los jóvenes; y la subestimación natural de la capacidad juvenil de actuación y aporte se ponían inicialmente de lado y algunos sectores proyectaron, en los nuevos actores juveniles, la posibilidad de realizar estas aspiraciones.

Pero el paso del tiempo nos ha mostrado que dicha aspiración estaba seriamente limitada, ya que la crisis de la política y sus instituciones resulta no solo más compleja, sino que también incluye las relaciones entre sociedad civil y sociedad política de las que la juventud forma parte. Prontamente se hicieron evidentes las limitaciones que estos sectores tenían para vincularse con la política de manera más orgánica, así como las limitaciones para realizar un discurso ético y supuestamente transformador. De hecho, algunas de las inclusiones más «exitosas» de algunos de los líderes surgidos a finales de los noventa no puede decirse que sean las más representativas de las consignas que conducían sus movilizaciones.

El tema de la renovación de la política era —y sigue siendo— el discurso a través del cual los actores juveniles expresan su rechazo a la política y los políticos, y a través del cual buscan hacerse un sitio en el disputado espacio público. Podría decirse que la renovación de la política, desde la participación juvenil en las instituciones políticas, ha tendido más a la renovación generacional —a través de la inclusión de actores más jóvenes— o a la inclusión discursiva de los

temas de juventud en los programas políticos. No se ha logrado todavía una verdadera inclusión y representación de calidad de los intereses juveniles, tampoco la inclusión de actores jóvenes en instituciones y organizaciones políticas.

Cabe destacar dos elementos que se desprenden en alguna medida de este proceso de mayor visibilidad de los actores juveniles en la política iniciado en el marco de la lucha contra la dictadura a finales de los noventa. En primer lugar, podemos decir que se logró posicionar mejor el tema de la juventud y sus representantes en la agenda de los actores políticos, que al margen de su capacidad o voluntad real para atender e incluir a este sector han tendido a gestos de mayor apertura e inclusión de este sector que merecen ser reconocidos. La creación del Consejo Nacional de Juventud (CONAJU) expresa esta corriente que, aunque con serias limitaciones, da muestra de un proceso que merece ser reforzado.

En segundo lugar, este proceso también llama la atención acerca de la compleja relación existente entre los jóvenes y la política, y en particular de los esfuerzos de innovación que las organizaciones juveniles buscaron asumir para promover un mejor funcionamiento y capacidad de representación de sus colectivos. Algunas de estas características nos muestran los nuevos valores organizacionales que se demandan a las instituciones y actores políticos; asimismo, se evidencia un marcado paradigma individualista que promociona las relaciones de coordinación y estructuras horizontales frente a las más tradicionales fórmulas de organización y conducción vertical propias de las organizaciones más tradicionales. La ausencia de ideologías articuladoras en la orientación de la acción colectiva supone desarrollar mecanismos más complejos de organización que permitan la incorporación de visiones e intereses particulares.

Junto con el discurso del cambio y renovación política, la práctica nos muestra algunas constantes: la participación social y política es minoritaria y genera desconfianza, y la legitimidad de los líderes parece ser rápidamente cuestionada. Los políticos jóvenes no son garantía de la renovación de la política; si bien pueden aportar nuevas caras, lamentablemente, en muchos casos, constituyen los mejores representantes de la tan cuestionada política tradicional.

La relación de la juventud y la política expresa las características que más generalmente posee la sociedad en su relación con la política. Las definiciones de lo juvenil, en este como en la mayoría de casos, no pueden abstraerse de sus características sociales, económicas y culturales más amplias. Los jóvenes son hijos de su tiempo y expresan sus intereses, ideales y limitaciones; apuestan por hacerse un sitio en la sociedad; tienen ilusión por el cambio, pero no son garantía del mismo. Las experiencias de participación política de estos está marcada por su socialización política y marcada también por su natural interés de resolver sus medios de vida; son actores sociales que buscan resolver sus objetivos personales y, para ello, hoy la política, como para la mayoría de los ciudadanos, parece ser un vehículo limitado

## Bibliografía

AGUILERA, Óscar

2003 «Tan Jóvenes y tan viejos: los movimientos juveniles en el Chile de hoy» [en línea]. Disponible en: <[http://www.interjuven.cl/cafe\\_dialogo/octubre\\_2003](http://www.interjuven.cl/cafe_dialogo/octubre_2003)>.

BALARDINI, Sergio (comp.)

2000 *Participación social y política en el marco del horizonte del nuevo siglo*. Colección de Grupos de Trabajo CLACSO. Buenos Aires: CLACSO.

COHN-BENDIT, Dany

1987 *La revolución y nosotros que la quisimos tanto*. Barcelona: Anagrama.

CONAJU

2005 *Encuesta a la juventud*. Lima: CONAJU.

2006 *Índice de desarrollo juvenil 2006*. Lima: CONAJU.

CONAJU-GTZ

2002 *Juventud peruana en cifras 2002*. Lima: CONAJU.

CONAJU-IMASEN

2006 *Encuesta de la juventud 2006*. Lima: CONAJU.

CHÁVEZ, Jorge

1999 *¿Los jóvenes a la obra?: juventud y participación política*. Lima: Agenda Perú.

FERNÁNDEZ, Gabriela

2000 «Notas sobre la participación juvenil de los jóvenes chilenos». En Balardini 2000: 87-108.

GROMPONE, Romeo y Carlos MEJÍA

1995 *Nuevos tiempos, nueva política: el fin de un ciclo partidario*. Colección mínima. Lima: IEP.

HARNECKER, Marta

1971 *Los conceptos elementales del materialismo histórico*. París: Arnier-Hnos.

IMASEN

1998 «Flash informativo», 19 de junio, p. 7.

INSTITUTO NACIONAL DE ESTADÍSTICA E INFORMÁTICA (INEI)

2005 *Censo de población y vivienda 2005*. Lima: INEI.

LECHNER, Norbert

1998 *La problemática invocación de la sociedad civil*. Trabajo presentado en el seminario Las transformaciones de la política. Lima: IEP.

LYNCH, Nicolás

1990 *Los jóvenes rojos de San Marcos. El radicalismo universitario de los años setenta*. Lima: Ediciones el Zorro de Abajo.

MONTOYA, Luis

2001 «De las marchas de las juventudes políticas a las políticas de juventud en el Perú». En *Políticas de Juventud en el Perú*. [en línea]. Disponible en: <<http://www.iica.org.uy/REDLAT/publi019.pdf>>.

OFFE, Claus

1996 *Partidos políticos y nuevos movimientos sociales*. Madrid: Sistema, 1996.

SANDOVAL, Mario

2000 «La relación entre los cambios culturales de fines de siglo y la participación social y política de los jóvenes». En Balardini 2000: 147-164.

TARROW, Sidney

1997 *El poder en movimiento los movimientos sociales, la acción colectiva y la política*. Madrid: Alianza Editorial.

TONG, Federico

2006 «Del choteo a la oportunidad de los jóvenes» [en línea]. Disponible en: <<http://forogeneracional.blogspot.com/2006/08/del-choteo-la-oportunidad-de-los.html>>.

TOURAINÉ, Alain

1996 «Juventud y democracia en Chile». *Revista Iberoamericana de Juventud*, n.º 1, pp. 1-10.

VENTURO, Sandro

2001 *Contrajuventud. Ensayos sobre juventud y participación*. Serie Política. Lima: IEP.